

The Promotion of Antipolitics in 21st Century Argentina

ISSN: 1850-7255 - ISSN (En línea): 1853-6646

Esta obra se encuentra bajo la licencia Creative Commons <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



Resumen

Por un lado, a lo largo de la historia las sociedades han dejado de lado a quienes no encajan en el modelo que proponen las mayorías, desde el imperio del capitalismo se replican los que quedan fuera del sistema, los sin recursos. Los restos y deshechos de esas sociedades vuelven denodadamente en movimientos de resistencia, exigiendo su lugar y sus derechos. Por otro lado, mercado y estado se perciben como fuerzas contrapuestas, el mercado con su mira puesta en las ganancias económicas y el estado como regulador que mantiene el equilibrio de las sociedades, con la función imprescindible de evitar que haya seres “humanos deshechos” en esas sociedades, con la incómoda e imprescindible tarea de redistribuir la riqueza en un planeta donde la desigualdad es el resultado de la puja entre materialismo y humanidad.

La postura antipolítica es una de las fuerzas con las que cuentan los grandes poderes económicos para mantener a raya las democracias y populismos que tienden a impedir el imperio absoluto de los mercados y sus leyes de competencia y supervivencia del más fuerte mientras los débiles caen en deshecho. Mantener un estado débil y sin ascendencia sobre los ciudadanos permite que impere el poder económico. En el presente escrito trabajamos estos conceptos, tan antiguos como el mismo capitalismo, los ascensos y

¹ El presente trabajo fue presentado para la acreditación del Seminario “Política, Ciudadanía y Ética Pública” del Doctorado en Ciencias Sociales.

² Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Trabajo Social (UNER). anafranco_1@hotmail.com

descensos al poder de quienes defienden el libre mercado se repiten cíclicamente y alrededor del mundo, una y otra vez en una rueda infinita.

Abstract

On the one hand, throughout history societies have left aside those who do not fit into the model proposed by the majority, from the empire of capitalism those who remain outside the system, those without resources, are replicated. The remains and waste of these societies return boldly in resistance movements, demanding their place and their rights. On the other hand, the market and the state are perceived as opposing forces, the market with its sights set on economic profits and the state as a regulator that maintains the balance of societies, with the essential function of preventing "broken human beings" in those societies, with the uncomfortable and essential task of redistributing wealth on a planet where inequality is the result of the struggle between materialism and humanity.

The anti-political stance is one of the forces that the great economic powers have to keep at bay the democracies and populisms that tend to prevent the absolute rule of the markets and their laws of competition and survival of the strongest while the weak fall into disrepair. Maintaining a weak state without control over citizens allows economic power to prevail. In this writing we work on these concepts, as old as capitalism itself, the rise and fall to power of those who defend the free market are repeated cyclically and around the world, over and over again in an infinite wheel.

Introducción

En la eterna rueda del capitalismo, que implica mano de obra barata para generar productos que serán consumidos por esa misma mano de obra, productos "que necesitamos" y más mano de obra trabajando para alcanzar una meta que se corre perpetuamente, las condiciones para poder encajar en sociedad por supuesto tienen relación con el nivel de consumo, el odio fomentado y cuidadosamente dirigido a quienes no son "capaces" de encajar, utilidades e inutilidades desglosadas y enfrentadas minuciosamente. Un sistema que comienza con el mismo capitalismo pero que se potencia con la globalización.

Se pueden tomar palabras escritas por expertos en el siglo pasado y ver que la historia se repite siempre, con otros actores, con nuevas y viejas herramientas, pero reivindicando el mismo objetivo y la misma contienda, materialismo versus humanidad. Un mundo que excluye, o un mundo que incluye.

En esta pugna, el estado y los organismos gubernamentales conforman un obstáculo para el crecimiento constante de los poderes capitalistas que rigen el mundo. Pero el utilitarismo ya tiene una solución que sorteas este obstáculo: la promoción de la postura antipolítica, la crisis de representación. En el presente

trabajo exponemos estas ideas resaltando textos de autores que han ido esbozando estos conceptos a lo largo de la historia.

Otro recurso del capitalismo y van....

“Todo Estado es, evidentemente, una asociación, y toda asociación no se forma sino en vista de algún bien, puesto que los hombres, cualesquiera que ellos sean, nunca hacen nada sino en vista de lo que les parece ser bueno. Es claro, por tanto, que todas las asociaciones tienden a un bien de cierta especie, y que el más importante de todos los bienes debe ser el objeto de la más importante de las asociaciones, de aquella que encierra todas las demás, y a la cual se llama precisamente Estado y asociación política” (Aristoteles, 2005, pág. 1).

Estado más o Estado menos, esa es la cuestión, ¿Estado gasto inútil, inútil burocracia, políticos improductivos, Estado omnipresente, Estado sin presencia, libertades individuales, libertad de mercado? En una vorágine de avances tecnológicos e información global, nadie sabe qué es mejor, o tal vez sí.

Nos enfocamos en el concepto de desecho vertido en el libro *Restos y Desechos* (2019) de Rinesi, y a partir de allí intentamos identificar lo que nuestra sociedad en cuanto a Estado cree, que ha caído en desuso, que se ha convertido en un resto, que por su caducidad debe ser desechado.

En el *Mercader de Venecia* (2010), vemos con claridad el rechazo al prestamista judío, el desprecio con que es tratado dentro de la sociedad, la injusticia de tener que renunciar a sus creencias, también el silencio que oculta la homosexualidad de Antonio que en ningún momento se menciona y que es condenada a permanecer disimulada, ignorada. Como nos apunta el autor,

“Y sin embargo –ya lo dijimos- las “partes” de la sociedad nunca se acomodan armónicamente, como las piezas de un rompecabezas, para que todos puedan encontrar en ella su lugar. El todo nunca es igual a la imposible suma de las partes, y no hay sociedad que no proclame que hay gente que sobra, que hay hombres que están demás.” (Rinesi, 2019, pág. 117)

En la obra como en la realidad los desechos pasan por allí, fuera de la sociedad cristiana quedan los judíos, fuera de la sociedad perfecta quedan los discapacitados, fuera de la sociedad familiar quedan los homosexuales y las chicas de “mala vida”, fuera de la sociedad productiva quedan los “vagos”, en definitiva, fuera de las mayorías quedaban, y quedan, las minorías. La sociedad etiquetada por lo que el conjunto considera lo “mejor”, deja al costado del camino lo que no encaja, lo que estorba, lo que desentona con esa masa armoniosa que se jacta de ser la mejor expresión de eso que es lo “óptimo”, y ¿quién quiere ser la mancha en la pared impoluta? ¿Quién quiere ser la oveja negra en la manada impecable? Esa alianza de adeptos al modelo óptimo sigue sumando seguidores que si no están de acuerdo simulan su adhesión y en pos de representar el papel lo gritan para ser más creíbles, y así vemos individuos cuyas características no encajan en la causa que defienden, llevando la voz cantante de ideas

que no los representan, y muchas veces aún lo perjudican, pero que puestas en su perfil de las redes sociales le dan la dudosa tranquilidad de pertenecer, de no desentonar en la manada, aunque la misma manada jamás los acepte porque, claramente, los desconoce.

La sociedad sectaria, indicando quién vale la pena y quién no, desde siempre dictando de forma caprichosa quién se queda fuera. Sucedió con las personas con capacidades diferentes que eran ocultadas en las familias, y cuando no eran ocultadas eran vistas como bichos raros que pudieran contagiar eso que la sociedad consideraba un defecto imperdonable, sucedió con los homosexuales que debían esconder su verdadero ser para no ser víctimas de la burla y el escarnio, sucedió y sucede con los nativos americanos aniquilados en la conquista, señalados y discriminados, también con los negros, judíos, chinos, coreanos, indios, etcétera, es decir con cualquiera que fuera “distinto”. Estos restos, tal como lo señala Rinesi en su libro, se niegan a permanecer quietos y vuelven, ese volver generalmente no cesa hasta que consiguen ocupar un lugar, hasta que se recicla ese resto y es aceptado (Rinesi, 2019, pág. 43).

Sí, pesar de la paradoja, los restos se las han arreglado para volver y buenas cosas hemos visto emerger de esas violentas segregaciones que desechan individuos; los movimientos raciales, feministas, de la comunidad LGBT, y muchos otros. Los derechos conquistados para las minorías, han surgido como consecuencia de esa resistencia de los individuos que no se resignan a simplemente “quedarse al costado del camino”, tal como apunta el autor del libro de referencia.

En esta larga trayectoria de la humanidad desechando gente, debemos hacer un párrafo especial para hablar de los pobres y el capitalismo, que los desecha, pero no del todo sino en su justa medida, ni más ni menos que hasta el punto en que le son útiles. Y es ese coqueteo el que les hace soñar, a esos pobres que quedan en la frontera del estar fuera o dentro, que es posible saborear las mieles del consumismo, que si se esfuerzan, que si hacen mérito, que si se sacrifican se despegarán definitivamente de esos otros pobres que permanecen implacablemente del otro lado, desechados del todo. Dividamos en dos entonces los desechos de la pobreza, hay un grupo de seres humanos que jamás podrá acceder a las herramientas que le permitirán dejar de ser pobres, básicamente no tuvieron las mismas oportunidades, y eso no es tan difícil de deducir, pero la sociedad les dice que es porque no hicieron suficiente esfuerzo para procurarse las oportunidades, el capitalismo instalado en los medios indica las condiciones que deben adornar a cada uno, y a través de las redes expresa los ideales del hombre moderno, dejando en claro los perfiles aceptables, y sobre todo los inaceptables. Estos límites dejan lejos a los incorregibles, los que no son capaces de... (por casualidad o no, antes cuando se las segregaba, a las personas con capacidades diferentes se les decía incapaces), los que en vez de aspirar y sacrificarse por un título universitario prefieren quedarse en la miseria (como si un niño que crece con hambre no iría a la escuela por holgazanería, o el joven que necesita trabajar para comer no estuviera haciendo el debido esfuerzo para asistir a la universidad), los que deambulan de un alquiler a otro porque no son competentes para brindar un techo seguro a su familia (pareciera que el adulto con un trabajo precario no se comprara una casa por dejadez y no por falta de acceso a los créditos) los que nunca van a poder acceder a esos bienes tan promocionados

e imprescindibles, esos “bienes” que se nos meten por todos los sentidos poniendo la vara del pertenecer cada vez más alta y que, ante la impotencia, genera resentimientos y angustias que se traducen en violencia, enojo y rebeldía. En palabras de Robert Castel,

“Estos individuos con afectos, miedos y aspiraciones carecen de recursos para llevar adelante sus proyectos y ser dueños de sus elecciones y se les hace sentir con dureza que son incapaces de salir por sí mismos. La campaña actual que estigmatiza a los asistidos, acusados de vivir a costa de la Francia que se levanta temprano e incluso los desocupados, acusados de serlo de una manera “Voluntaria”, nos recuerda que la secular cadena de “malos pobres” siempre está viva y que se censura a las víctimas con facilidad” (Castel, 2010, pág. 27).

Por otro lado, en la frontera, bien en el borde, están esos pobres con una pobreza “digna”, diría un conocido actor en la célebre obra “Esperando la Carroza”, y que defienden su pequeña porción, su pie adentro de la sociedad con un gran esfuerzo, con una apariencia mantenida a base de créditos e insomnio, pero sobre todo con una postura públicamente acorde a la sociedad meritocrática y ejemplar, y de repudio a los “pobres incorregibles”. Esos útiles en el punto justo, buenos consumidores y aliados que gritan fuerte para representar el papel, mientras intentan alejarse penosamente de la frontera. Y otra vez podemos completar nuestra idea parafraseando a Robert Castel: asistimos hoy a una exhortación al individualismo, a la disolución de los colectivos de trabajo, a una exigencia a los trabajadores a hacerse cargo de ellos mismos a volverse hipercompetitivos y a reconvertirse y a adaptarse de manera continua, esta modalidad a muchos se les da muy bien y son los grandes ganadores de estas transformaciones, pero hay algo que no se dice de esta realidad y es que deja de lado a otra categoría de individuos que aunque están igualmente comprometidos con el cambio son impotentes para dominarlo ya que no cuentan con los soportes ni recursos de base, por lo que se ven amenazados de invalidación social, son los desocupados de larga duración y aquellos que no logran ingresar en la rueda y se mantienen a duras penas con ayuda familiar y social y algunos trabajos precarios. (Castel, 2010, págs. 25,26)

Como en la Venecia del Mercader, hay una sociedad que se jacta de ser sensible, pensante y moderna, que acepta las diferencias, que es solidaria, pero que, a la hora de la verdad, ya no una minoría sino más bien una mayoría, queda afuera, al costado desechada.

En algunas oportunidades fue el estado el regulador de las sociedades y se han comprobado buenos resultados en la redistribución de la riqueza y la moderación de las diferencias, tenemos ejemplos en América Latina con las transferencias monetarias condicionadas que buscaban romper la pobreza estructural y heredada, y que a través de las condiciones impuestas en salud y educación abrían una pequeña luz de esperanza para los niños comprendidos en estas políticas, a través de estas acciones nadie perdía su fortuna y muchos recibían montos de dinero que, aunque pequeños, significaban la diferencia entre un futuro de nada y un futuro con alguna posibilidad, y eso es muchísimo para comenzar.

En un continente que tiene el dudoso honor de ser la región más desigual del mundo, no la más pobre, sí la más desigual, estos intentos ponían algo de luz en el futuro de una gran cantidad de latinoamericanos. Según Pierre Salama, las desigualdades que aquejan a las clases más pobres son no sólo patrimoniales, también se refieren al acceso a la educación, la salud y la justicia, y están signadas por muchas iniquidades y también por la pertenencia a determinados grupos raciales.

“...la mayoría de esas desigualdades tienden a estar vinculadas. La probabilidad de no recibir una educación de calidad es obviamente mayor para los hijos de personas pobres, incluso de grupos de ingresos modestos, que para los niños de clase media; la probabilidad de tener un empleo precario, peor remunerado, es más elevada para los más pobres, las mujeres, los negros o los indígenas”. (Salama, 2015, pág. 86)

Todo lo anterior nos demuestra la importancia de implementar políticas que universalicen el acceso a la educación, a la salud y a la justicia. Pero, siempre hay un pero, brindar educación, salud y justicia universalmente podían llegar a ser peligrosos para un capitalismo que necesita pobres en su punto justo, países de tercer mundo y sociedades que no se salgan de los controles estipulados, nos viene a la mente un párrafo de Polanyi en su libro “La Gran Transformación” que trae la perspectiva de Townsend (defensor del hambre y la pobreza como incentivo y control de los pobres):

“Desde esta nueva perspectiva, se puede considerar a la sociedad como formada por dos castas: los propietarios y los trabajadores. El número de éstos últimos queda limitado por la cantidad de alimentos y, mientras se mantenga la propiedad, el hambre los obligará a trabajar. No se necesitan magistrados, ya que el hambre impone una disciplina más perfecta que la magistratura. Apelar a ésta, señala Townsend con ironía, equivaldría «a sustituir la autoridad más fuerte por la autoridad más débil»” (Polanyi, 2007, pág. 192).

Los populismos y los estados benefactores son una amenaza para muchos intereses, y es por eso que desde los sectores de poder se promocionan las bondades de la meritocracia junto a la idea de que achicar la desigualdad en realidad es un acto de injusticia, sí, aunque parezca y sea una contradicción, se infectó la opinión pública con la idea de que la desigualdad entre los seres humanos es justa y tratar de igualarnos es un acto de injusticia. Eduardo Galeano en su magnífica obra “Las venas Abiertas de América Latina”, se refiere a la feroz ambición de los mercados sobre nuestro continente diciendo:

“Desde el descubrimiento hasta nuestros días, todo se ha trasmutado siempre en capital europeo o, más tarde, norteamericano, y como tal se ha acumulado y se acumula en los lejanos centros de poder. Todo: la tierra, sus frutos y sus profundidades ricas en minerales, los hombres y su capacidad de trabajo y de consumo, los recursos naturales y los recursos humanos. El modo de producción y la estructura de clases de cada lugar han sido sucesivamente determinados, desde fuera, por su incorporación al engranaje universal del capitalismo” (Galeano, 2004, pág. 16).

Somos una pieza más en el tablero de los capitales, lo que ellos ganan nosotros la sociedad lo pierde, y siempre adaptan nuestra realidad a sus necesidades, los desechos de América Latina son una necesidad del Capitalismo y por eso intentan mantenernos irremediabilmente en esa condición.

Invariablemente el Sistema Capitalista ha bregado por un estado mínimo que intervenga lo menos posible a favor de la sociedad y lo más posible a favor de los mercados, ya que son estos los naturales reguladores del orden social. No se necesitan dirigentes intentando intervenir a favor de los más despojados, se necesita que el mercado actúe libremente para obtener los recursos necesarios apostando a la libertad individual. Para instalar esta idea, brilló en las pantallas la maravilla de ser empresario exitoso, contrapuesta a la inutilidad de la política y del Estado; así los beneficiarios de las acciones estatales que se enfocaban en la disminución de la desigualdad social, se convirtieron en una carga que pesa al resto de la sociedad, amparados por los actores políticos tan solo con un fin proselitista. Una vez más Polanyi tiene algo para decir,

“El último estadio de este proceso ha sido alcanzado, sin embargo, con la aplicación de la «sanción natural», el hambre. Para poder desencadenarla era preciso destruir la sociedad orgánica que rechazaba la posibilidad de que los individuos muriesen de hambre. La protección de la sociedad correspondió en primer lugar a los dirigentes que podían obligar a que se cumpliera su voluntad directamente. Y, sin embargo, los representantes del liberalismo económico suponen demasiado fácilmente que los dirigentes económicos pueden ejercer una acción benéfica mientras que éste no es el caso de los dirigentes políticos.” (Polanyi, 2007, pág. 272)

Esta puja entre mercado y estado se ha transformado en una guerra en la que se usan todas las armas, al mercado no le interesa destruir a los políticos, el problema, es que le molesta el Estado que se posiciona por encima de los mercados y la mejor forma de mantener a raya el poder estatal es una clase política endeble, sin mucha ascendencia sobre los ciudadanos, una clase política que pueda ser eliminada fácilmente ante cualquier gesto que impida conservar el hambre y la fuerza de trabajo barata para aprovechar la plusvalía producto de la explotación incentivada por ese hambre.

Si dijo Sarmiento “ la letra con sangre entra”; los conceptos, “empresario exitoso”, “político corrupto”, “cada uno tiene lo que se merece”, “los vagos y mantenidos”, “libertad individual”, “independencia del estado”, “aprendamos de los que saben, aprendamos de Norteamérica y de Europa” entraron a fuerza de medios de difusión masiva y redes sociales, a tal punto que en los últimos tiempos ha sido preferible decir que se pertenece a la mafia a decir que se es político, y peor aún, es confesar no tener un trabajo estable y recibir planes sociales, porque esto es quedar reducido al peor despojo; mientras que vociferar con orgullo la simpatía incondicional por el liberalismo, ha equivalido a acercar a la Nación un paso más hacia el sueño de las grandes potencias.

Nos han empujado violentamente al egoísmo y nos han dicho que en realidad es mérito nuestro, que somos ganadores de una carrera en la que nadie está en igualdad de condiciones, pero que no debemos cuestionar las inequidades sino más bien acusar a quien no puede. Como ayer, como hoy y como siempre, se repiten los argumentos.

“Un hombre honesto podía pensar que no tenía responsabilidad alguna en las medidas de fuerza del Estado, a las que, personalmente, rechazaba; ni en los sufrimientos provocados por la economía de los que no había obtenido ninguna ventaja. «Se bastaba a sí mismo», «no debía nada a nadie» y no estaba coaligado con el mal que emanaba del poder y del valor económico. El hecho de no ser responsable de todo esto parecía tan evidente, que podía negar su realidad en nombre de su libertad.” (Polanyi, 2007, pág. 404)

Poco a poco, la sociedad se fue convenciendo de que el Estado es un gasto inútil, que se vayan todos, seamos eficientes como una empresa, optimicemos las ganancias;

“La perspectiva tenía como marco al mercado, que «fragmentaba» la vida en, por una parte, el sector del productor-cuyo territorio termina allí donde comienza el mercado- y por otra, el sector del consumidor -para el que todos los bienes provienen del mercado-. El primero obtiene «libremente» sus ingresos del mercado, el segundo los gasta en él «libremente». La sociedad en su conjunto permanecía invisible. El poder del Estado no contaba en absoluto, ya que el mecanismo del mercado debía funcionar tanto más flexiblemente cuanto más débil fuese ese poder.” (Polanyi, 2007, pág. 404)

Aunque el texto se refiere a un período de tiempo bastante anterior, siguen repitiéndose las mismas premisas, la América cautiva de la explotación sigue presa por las mismas cadenas, y cada vez que intenta rebelarse, una nueva-vieja estrategia la pone de rodillas, como en una rueda eterna. En esta era de bombardeo de medios y redes, se introducen en nuestras vidas, acaparan la atención de niños, adultos y ancianos, nos convencen en medio de una pandemia de que cuidar nuestra vida es perjudicial para nuestra salud y de que a pesar de las muertes, con la libertad, seremos felices y prósperos; nos persuaden de la maldad de quien hace las cosas bien y de la bondad de quienes nos esclavizan; nos adormecen y narcotizan para obtener sus propósitos, si estuviéramos conscientes es imposible que no nos demos cuenta de que el individualismo no es lo que nos va a permitir superarnos como país o continente, que el libre mercado expulsa gente hacia la marginalidad mientras nos hacemos los distraídos y que la presencia del estado es fundamental, junto a la justicia y la equidad, para poder emerger como sociedad. Porque para estar en el mercado se debe tener algo, y en este continente rebosante de recursos hay latinoamericanos que no tienen nada y aun los que creen que tienen, ni sueñan con asemejarse a los ciudadanos de las grandes potencias, porque como en la colonización, la sangre de Latinoamérica fluye hacia fuera, y por supuesto esa sangre es un tesoro que genera ambición permanente y feroz, no nos quieren organizados en sociedades fuertes,

no quieren Estados que prioricen la sociedad, la solidaridad y la justicia, porque necesitan gobiernos endebles y permeables a los requerimientos mercantiles venidos de afuera.

Así, la clase gobernante también ha pasado a ser desecho, también forma parte del grupo cuestionado y rechazado, nada más irónico, que ver a los políticos intentando infructuosamente defenderse de las acusaciones de una sociedad que no los tolera y los reduce a escoria. Cobra realidad lo analizado por Freud en su libro Totem y Tabú, que se refiere a la ambivalencia de los sentimientos de los gobernados hacia sus soberanos: el autor explica que el aprecio exagerado que algunos pueblos demuestran a su soberano esconde en realidad sentimientos de hostilidad, indicando que muchos elegidos de las tribus se niegan férreamente a asumir como monarcas, agregando el autor para explicar esta actitud, que el soberano es sometido en su coronación a una golpiza tan cruelmente aplicada que muchas veces no sobrevive:

“La desconfianza, que se nos muestra como un factor incontestable de la motivación de los tabús impuestos a los reyes, no sería sino una manifestación más directa de la misma hostilidad inconsciente. Dadas las variadas formas que afectan al desenlace de este conflicto en los diferentes pueblos, no nos sería difícil hallar ejemplos en los que la prueba de esta hostilidad se nos mostrase con particular evidencia. Frazer nos relata que los salvajes timmes de Sierra Leona se han reservado el derecho de moler a golpes al rey electo la víspera de su coronación, y tan concienzudamente ejercen este derecho constitucional, que el desdichado soberano suele a veces no sobrevivir mucho tiempo a su advenimiento al trono. De este modo los personajes importantes de la tribu tienen la costumbre de elevar a la dignidad real al hombre contra el que experimentan alguna enemistad. Pero incluso en estos casos clarísimos, la hostilidad, lejos de confesarse como tal, se disimula bajo las apariencias del ceremonial.” (Freud, 2014, pág. 51).

Retomamos este análisis del máximo exponente del psicoanálisis porque parece interesante examinar desde este punto de vista la actitud insatisfecha de los votantes hacia cualquier gobernante imponiendo objetivos que no creen se puedan cumplir y que si se cumplen no conseguirán la satisfacción de la sociedad ya que siempre estará la sospecha de algún interés inmoral; la paliza no es aplicada al asumir, pero está fijada de antemano.

“La desconfianza que los salvajes abrigan de que sus reyes empleen verdaderamente su poder en bien de su pueblo y para su propia conservación, desconfianza que los mueve a vigilarlos de continuo, constituye también un carácter singularísimo y desconcertante de las relaciones de estos pueblos primitivos con sus soberanos. A esta tutela del rey y a la protección de sus súbditos contra los peligros que de la persona real puedan emanar, responde simultáneamente la etiqueta tabú a la que es sometida la vida del monarca.” (Freud, 2014, pág. 50)

No queremos decir que actuamos como un pueblo de salvajes primitivos, y que los inocentes políticos sufren una injusta condena social como si fueran cándidos niños, sabemos que la clase política argentina ha tenido una gran contribución, son sobrados y conocidos los ejemplos de políticos que no hicieron honor

a la suprema búsqueda del bien común que les fuera encomendada al asumir sus mandatos, lo cual no es un detalle menor, sino que también es real la existencia de una predisposición inconsciente a la ambivalencia de los sentimientos de los gobernados hacia sus gobernantes, y es aprovechada por muchos especialistas de los medios y asesores de imagen para manipular la opinión pública. A los poderes económicos no les interesa estar al frente de los gobiernos, salvo en los casos en los que puedan obtener ganancias, como en el fragmento de Freud, muchas veces permiten que determinados gobiernos de corte popular y contrarios a sus intereses asuman tan sólo para poder destruirlos concienzudamente y demostrar así la desgracia que representan.

Si puede resultar algo gracioso el aprieto de nuestros dirigentes políticos, pero nada gracioso, y por cierto muy penoso, es ver a una sociedad que reduce a escoria a aquel que no tiene nada, exigiendo que se lo abandone al costado del camino, y más penoso aún darnos cuenta de que una y otra situación son impresionantemente útiles a los poderes económicos que, desde hace siglos, nos manipulan. Es muy lamentable darnos cuenta de que en “La Tempestad” de Shakespeare somos Caliban, el siervo salvaje, bruto y deforme, el que debe ser explotado y dominado por Próspero, y que nuestros pobres esfuerzos por superarnos nos llevan tan sólo a representar el papel del buen Ariel, sólo eso, un buen sirviente y nada más.

La pandemia que asoló al mundo nos ha dejado en claro que es imposible dar de baja al Estado, que no es cierto que los gobiernos deban reducir sus intervenciones al mínimo para que sea el mercado quien regule la vida de los ciudadanos. No, los intereses predominantes en el mercado no son suficientes, los intereses empresariales no le sirven a la mayoría de la población, y en casos como este, en los desastres de todo tipo que arrasan a la humanidad con mucha frecuencia, únicamente un estado humanitario y presente puede minimizar las graves consecuencias a las que se expone la población, evitando el sálvese quien pueda y el caos en los que los menos favorecidos no tienen ninguna oportunidad, pero que también afectan a los que gozan de algún privilegio. Volviendo a Aristóteles podemos citar,

“Lo que prueba claramente la necesidad natural del Estado y su superioridad sobre el individuo es que, si no se admitiera, resultaría que puede el individuo entonces bastarse a sí mismo aislado así del todo como del resto de las partes; pero aquel que no puede vivir en sociedad y que en medio de su independencia no tiene necesidades, no puede ser nunca miembro del Estado; es un bruto o un dios.” (Aristoteles, 2005, pág. 4)

Las sociedades necesitan del Estado presente con políticos dispuestos a desarrollar sus funciones con eficiencia y honestidad, con dignidad y respeto por los ciudadanos, no sabemos cómo se puede asegurar que esto pase, pero sí es seguro que no será con una condena general de todos los que ejercen la política, si a prima facie todos los políticos son corruptos para la sociedad, ¿quién siendo honesto querría ser político? ¿Quién querría tirar su honor y su dignidad a los cerdos por una sociedad que jamás le dará la posibilidad de demostrar su inocencia? Como en una puerta giratoria, nos responderemos que

seguramente persigue un fin perverso quien interviene en política, y con esto tendremos un dilema sin solución que nos debilitará ciclo tras ciclo de gobierno.

Sin perder de vista el origen del título de este escrito, es muy peligroso que nos gobiernen los desechos de la sociedad. Es un desatino la expresión “que se vayan todos”, porque sabemos que es imposible que se vayan todos; no podemos desechar totalmente la política ni los políticos, alguien tiene que quedar y eso es inevitable, la administración pública es la única defensa contra los intereses privados,

“...evolució como un medio que permitía asegurar el “interés público” gracias a una clase neutral de servidores públicos, cuya tarea consistía en llevar a cabo la voluntad de aquellos elegidos por el pueblo. Así, la burocracia pública se diferenciaba de la burocracia del sector privado (empresas, comercios e industrias) porque su motivación era asegurar el “interés nacional” y no algún interés privado.” (Parsons, 2007, pág. 40)

La lógica debería entonces susurrarnos al oído que pensemos, que lo mejor que nos puede pasar es que se queden los que buscan el bien común, que no todo lo que nos cuentan los dioses mediáticos es cierto, que a veces esas leyendas que recitan los gurúes de las redes están influidas por intereses no tan justos y en este torbellino de noticias falsas, de inventos para torcer voluntades, tenemos que entender que la interacción en el ciberespacio nos exige responsabilidad, nos exige investigar y verificar. . ¿Cómo vamos a saber cuál es el bueno en esta escena, si una y otra vez vemos la misma película de Hollywood pero con el villano cambiado y adaptado a conveniencia del poderoso? ¿Hasta cuándo vamos a querer identificarnos con un héroe extranjero y que combate a un villano “casualmente” parecido al latinoamericano?

Hoy como siempre los poderes capitalistas desprecian y combaten todo lo que pueda perjudicar las ganancias del mercado; hoy como siempre estorban al mercado las organizaciones colectivas, el estado organizado en pos de sus ciudadanos y las sociedades solidarias.

“Los partidos que se preocupaban por la seguridad de la moneda protestaban, tanto contra el amenazante déficit presupuestario, como contra las políticas de dinero barato; se oponían así a la «inflación del tesoro» y a «la inflación del crédito» o, más concretamente, denunciaban las cargas sociales y los salarios elevados, los sindicatos y los partidos obreros.” (Polanyi, 2007, pág. 359).

Los mercados y la economía no tienen valor por sí mismos si no pueden ser usados a favor de las sociedades y los seres humanos, cuando se produce una crisis humanitaria no hay economía que pueda sobrevivir a las consecuencias, porque la economía funciona para y por la humanidad.

“La historia económica muestra que los mercados nacionales no surgieron en absoluto porque se emancipase la esfera económica progresiva y espontáneamente del control gubernamental, sino que, más bien al contrario, el mercado fue la consecuencia de una intervención consciente y

muchas veces violenta del Estado, que impuso la organización del mercado en la sociedad para fines no económicos” (Polanyi, 2007, pág. 391)

La pandemia tal vez nos dejó como enseñanza justamente eso, el capital no sirve por sí mismo, los mercados no tienen sentido si no benefician a los pueblos, en las sociedades importamos todos porque el principal elemento de una sociedad es el ser humano, en un mundo donde todos los seres han muerto, el dinero y los bienes materiales son nada más que otra materia muerta que no sirve para nada. No debemos permitir que nos digan desde afuera lo que nos conviene porque por lo que se ve, en muchas potencias que manejan los intereses del mundo no tienen tan clara la realidad y lo verdaderamente importante.

Los desechos de nuestro país y nuestro continente no son los latinoamericanos ni un Estado que busque más equidad y justicia. Nuestros desechos no son nuestra gente; lo que ya no nos sirve pasa por otro lado. Podemos traer, una vez más, a la actualidad algo que aconteció hace cientos de años:

“Regaló a los indígenas «unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla». Les mostró las espadas. Ellos no las conocían, las tomaban por el filo, se cortaban” (Galeano, 2004, pág. 29)

Tal vez intentemos abrir los ojos cuando pase la crisis, tal vez aceptemos a pesar de los siglos de adiestramiento, que lo mejor es lo nuestro, tal vez nos demos cuenta de nuestro valor y el de nuestra tierra, tal vez dejemos de mirar al norte como lo que está arriba y conscientes del valor de cada latinoamericano, empoderados en nuestra Latinoamérica, decidamos firme y humanamente, reivindicar a Caliban, no aceptar los bonetes colorados que nos venden los mercados, menos aún las cuentas de vidrio de las pantallas, nos neguemos a tomar las espadas por la hoja y, sin más, dejemos de ser colonizados.

Bibliografía

- Aristoteles. (2005). Política. Buenos Aires: Losada.
- Castel, R. (2010). El Ascenso de las Incertidumbres. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (2014). TOTEM Y TABÚ. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Galeano, E. (2004). Las Venas Abiertas de América Latina. Mexico: Siglo XXI.
- Parsons, W. (2007). Políticas públicas. México: FLACSO.
- Polanyi, K. (2007). La Gran Transformación. Madrid: Quipu Editorial.
- Rinesi, E. (2019). Restos y Desechos El Estatuto de lo Residual en la Política. Buenos Aires: Caterva Editorial.
- Salama, P. (Julio -Agosto de 2015). Se redujo la desigualdad en américa Latina? Notas sobre una Ilusión. Nueva Sociedad. Democracia y Política en América Latina , 85-95.

- Shakespeare, W. (2010). El Mercader de Venecia. Alianza editorial.
- Shakespeare, W. (2000). La tempestad. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

